

Bicentenario de Juárez

Educación, soberanía y ejercicio de la libertad

Juan Ramón de la Fuente



Benito Juárez es, qué duda cabe, una de las figuras políticas más importantes y definitivas para la actual vida nacional. Sus ideas, de una asombrosa vigencia, han sido guía de algunos de los momentos más difíciles, pero también más plenos de nuestra historia. Con estas palabras, leídas en el Palacio de Minería el pasado 18 de enero, nuestro rector, Juan Ramón de la Fuente, dio inicio a la instalación del Consejo Consultivo para los festejos del Bicentenario del Natalicio del Benemérito de las Américas.

Hoy queda instalado el Consejo Consultivo de la Coordinación Nacional de Comisiones y Representantes Juaristas para los festejos del Bicentenario del natalicio de don Benito Juárez. La ceremonia tiene lugar en este Palacio de Minería que, también dos veces centenario, ha sido testigo y actor de nuestra historia y ha visto egresar a numerosas generaciones de jóvenes que, mediante la educación, han superado los obstáculos que la ignorancia ha puesto en el difícil camino de la República. Recordar al gran Presidente mexicano en este edificio, en forma colegiada y con la participación de sectores que integran lo más variado y selecto del pensamiento republicano, demuestra la vigencia de su legado. Es clara la intención de los promotores de esta magnífica iniciativa al confiar la Presidencia del Consejo Consultivo a una institución educativa emblemática de la nación, porque Juárez hizo de su vida una enseñanza y porque su biografía es, ante todo, un tratado vivo de educación cívica.

La vida y la obra de Benito Juárez es uno de los grandes acontecimientos de nuestra historia; de éstos que sólo tienen lugar de cuando en cuando en el devenir de la humanidad. “Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo”, exclama Simón Bolívar desde los versos de Pablo Neruda. Lo mismo puede afirmarse de Juárez, cuyos hechos siempre han sido superiores a su leyenda. Su vida representa en buena medida al convulso, definitivo y apasionante siglo XIX. Nacido un 21 de marzo hace doscientos años, cuando México se encontraba en los albores de su movimiento independentista, Benito Pablo Juárez García muere a los sesenta y seis años en las habitaciones de Palacio Nacional, marcadas entonces con el número 1 de la calle de la Moneda, cuando, no obstante las divisiones en el seno del propio partido liberal, México disfrutaba ya de los merecidos beneficios de la victoria. Impasible ante la adversidad, aun en los momentos más dramáticos de su vida, el Presidente Juárez nos dejó en su agonía, el 18 de julio de 1872, una última lección de responsabilidad y entereza: durante sus largas horas de angustia y de dolor, se ocupó, como siempre, de los asuntos del Estado.

Juárez participó de manera decidida en acontecimientos fundamentales para el país: la Revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma y la República restaurada, siendo esta última la consolidación del proyecto político que las fuerzas progresistas deseaban para México. En esos tres hitos se formó la parte decisiva de su personalidad, y cada uno de ellos contribuyó a definir y fortalecer su imagen en México y en el mundo. De ser el representante de un grupo político, pasó a convertirse en símbolo de una nación. Lo logró gracias a su fe inquebrantable en la defensa de su causa, a su fervor republicano y a la necesidad —que percibía como propia— de que México tuviera un



verdadero y profundo sentimiento de nacionalidad. Lo hizo con la plena convicción de que sólo las instituciones otorgan solidez y coherencia a un país, más allá del paso, necesariamente efímero, de las personas. Lo hizo —y es de justicia decirlo— con la colaboración de un puñado de resueltos y arrojados liberales que, como él, se forjaron al compás de la lucha. De ahí que este Bicentenario no sea un mero pretexto para glorificar la figura mítica, sino la ocasión más propicia para examinar objetivamente su obra y la de quienes como Ocampo, Lerdo, Iglesias, Prieto, Ramírez, Zarco, Altamirano, sentaron las bases del concepto de país que millones de mexicanos día a día, deseamos robustecer, actualizar y defender.

La Universidad Nacional Autónoma de México asume con gusto la responsabilidad a la que ha sido invitada, de encabezar los trabajos del Consejo Consultivo que hoy se instala formalmente, constituido por las distinguidas personalidades a quienes les doy la más cordial bienvenida. Será un privilegio trabajar con todos ustedes. Al aceptar esta responsabilidad, permítaseme recordar brevemente lo que vincula a Juárez con nuestra institución y, por lo tanto, con las más



Escuela Nacional Preparatoria

nobles causas de México: la educación, la soberanía y el ejercicio de la libertad.

En 1867, a unos cuantos meses de la victoria republicana sobre la intervención extranjera, Juárez estableció las bases para fundar la Escuela Nacional Preparatoria y la Biblioteca Nacional, ambas instituciones bajo la orgullosa e irrenunciable custodia de la Universidad.

Juárez supo darse cuenta de la importancia de fortalecer y reorganizar la educación, para que el estudiante no sólo recibiera información, sino que tuviera los elementos para convertirse en un individuo autónomo. Para llevar a cabo semejante tarea, encomendó a Gabino Barreda la fundación de una escuela genuinamente preparatoria, que no fuera sólo un puente hacia las profesiones, sino que sirviera para dotar a la juventud del fundamento intelectual necesario para hacerse más apta en su lucha por la dignidad y la justicia. Si Gabino Barreda fue el fundador, tuvo detrás de él a un Presidente que había vivido en carne propia los beneficios que la educación trae a quien se afana en el

libre dominio sobre sí mismo. La Escuela Nacional Preparatoria fue así la columna vertebral de la Ley de Instrucción Pública, que por primera vez en la historia decretaba la educación primaria gratuita y obligatoria, así como el establecimiento de una secundaria para mujeres.

Por lo que se refiere a la Biblioteca Nacional, conviene también recordar las fechas más relevantes en que fue proyectada, para reafirmar la importancia que la institución ha tenido en nuestra historia. 1833, 1846 y 1857 son los años de los decretos expedidos para la creación de la Biblioteca Nacional. En 1833 tiene lugar el primer gran intento reformista encabezado por José María Luis Mora y Valentín Gómez Farías, entre otros. En 1846, México se defiende de una injusta invasión extranjera, y al igual que otros jóvenes liberales, José María Lafragua, quien habría de ser el primer Director de la Biblioteca Nacional, no dudó en cambiar la pluma por la espada. Finalmente, 1857 es el inicio de la gran década nacional, la Guerra Civil y la lucha contra la Intervención francesa.

Con la victoria de la República, en 1867, la Biblioteca Nacional es instalada por el Presidente Juárez en el antiguo convento de San Agustín, donde permanecería hasta 1979, fecha en la que se traslada junto con la Hemeroteca Nacional a la Ciudad Universitaria.

Si la fortaleza de un país depende en gran medida del conocimiento que tenga sobre sí mismo, entonces también debemos a Juárez esa generosa iniciativa que ha cumplido su tarea al reunir, custodiar y hacer accesibles los materiales bibliográficos que integran la memoria de la nación.

Por todo lo anterior, creo con firmeza que no hay un solo mexicano genuinamente preocupado por la dignidad del hombre, por el respeto al suelo donde vive y por las tareas de gobierno, que no retorne con fecunda periodicidad al legado ideológico, a la obra y a la figura del Presidente Juárez que, inexorablemente, crecen con el tiempo.

La magna obra de Juárez consiste en haber dominado el impulso violento, pero a su vez generoso, del movimiento de Independencia, para darle estructura legal y llevarlo al terreno de la práctica. La frase contenida en la carta de Víctor Hugo: "Ha hecho usted la guerra a golpe de montañas", es una de nuestras más rotundas verdades históricas. La Francia que después de la Comuna sentía restablecidos sus tiempos heroicos de alcance universal, tuvo que reconocer el ejemplo que volvía del otro lado del océano.

Juárez fue un hombre pragmático que, sin la cultura de Ocampo, la inspiración de Ramírez ni la memoria de Zaragoza, tuvo en cambio la visión y la capacidad para unir los talentos individuales de sus contemporáneos en una sola y poderosa voluntad, para cons-

A los grandes estadistas no se les mide solamente por lo que realizan, sino por lo que vislumbran del futuro, por lo que sueñan para sus pueblos.

truir el edificio social —son las palabras de un artesano contenidas en una felicitación de cumpleaños para el Presidente Juárez— donde la imaginación y la realidad se fundían en una nueva forma de concebir a México.

Juárez, reformador, conformó un Estado Civil moderno, inspirado en un liberalismo auténticamente mexicano: laico, racional y progresista. Su único dogma fue la Constitución y la legalidad que de ella emana.

Juárez, visionario, conocía bien el poder de las ideas que defendía y por ello acertó al considerar a la democracia como el estilo idóneo de vida en sociedad; a la

libertad como un anhelo indestructible, y a la ley como la única garantía de una paz duradera.

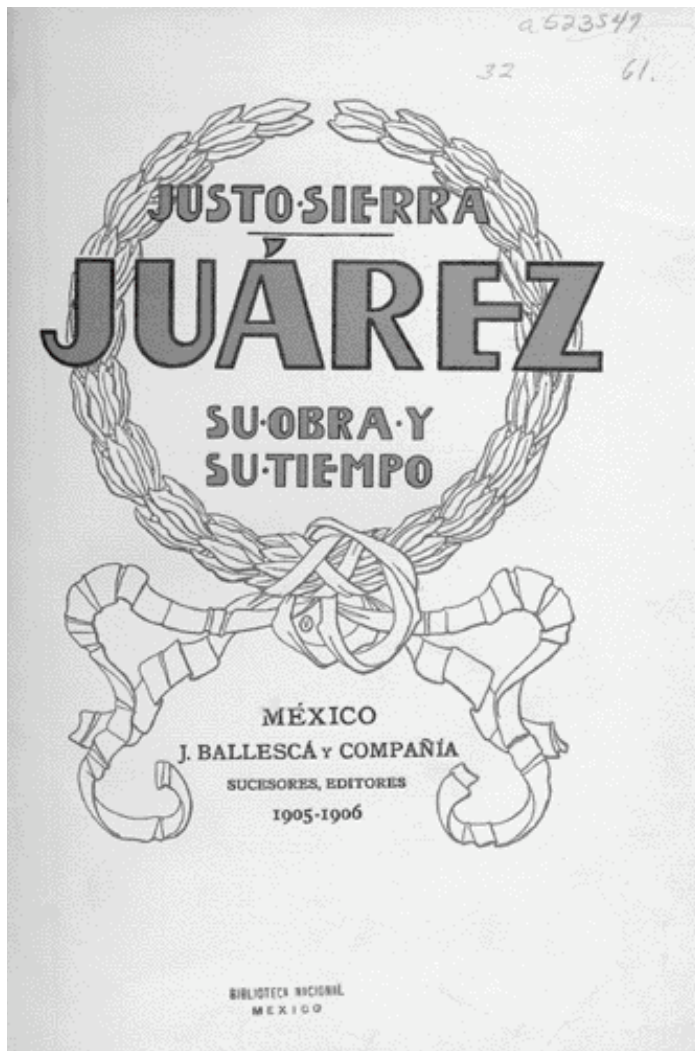
Juárez, demócrata, supo claramente que el pueblo es la única fuente legítima del poder y de la autoridad; que el poder tiene el límite que le imponen las leyes, y que éstas no deben perseguir otro fin que la justicia.

Juárez, al restaurar la República, sentó las bases para la consolidación de nuestro Estado de Derecho, de la democracia en el ejercicio del poder, y de la ética en la función pública.

Juárez fue, pues, un hombre de su tiempo, pero también lo es de todos los tiempos. Por eso, recordarlo es recordarnos que no existe cambio perdurable si no es



Antiguo convento de San Agustín, sede de la Biblioteca Nacional hasta 1979



a través de la ley; que no se puede gobernar desde la intolerancia, y que la moralidad política es fundamental para tener y mantener credibilidad ante el pueblo.

No cabe la menor duda: Juárez sigue vigente porque, como dijera Andrés Bello, los verdaderos

héroes no reposan hasta que está su obra satisfecha; porque a los grandes estadistas no se les mide solamente por lo que realizan, sino por lo que vislumbran del futuro, por lo que sueñan para sus pueblos.

A Justo Sierra, fundador de la Universidad moderna, debemos uno de los libros más significativos sobre el tema: *Juárez su obra y su tiempo*, publicado en 1906, justo cuando México celebraba el Primer Centenario del natalicio del pastor que llegaría a ser el primer ciudadano de su país. Un siglo después, son muchas las obras aparecidas para explicar su época y para analizar e incluso cuestionar su figura. Todas ellas, sin embargo lo traen hasta nosotros no sólo como un ser humano con grandes virtudes y ciertamente también con profundas contradicciones, sino ante todo como un estadista excepcional y un verdadero héroe a la altura de la Historia. Nuestra obligación, como ciudadanos de la patria amada y transformada por la obra de Benito Juárez, consiste en reflexionar sobre su herencia y el modo en que podemos utilizarla para ser mejores.

Las formas cambian de acuerdo con las circunstancias, pero los verdaderos principios permanecen. Por eso, lo más importante es hablar con la verdad, como lo hizo Juárez: que la verdad ilumine la vida republicana; que la verdad presida el ejercicio de nuestras libertades; que la verdad dignifique nuestra vida democrática; que la verdad fortalezca el prestigio del servidor público y rescate la credibilidad de los políticos, para que sea como la de aquellos que acompañaron a Juárez en la Reforma y que dieron tanta respetabilidad a la función pública.

Son tiempos también para la prudencia y para actuar con energía; nuevos tiempos para un México restaurado en el que todos tenemos una tarea, porque la patria nos reserva a todos una responsabilidad con cuyo cumplimiento la servimos y la engrandecemos. Así podremos emular todos a Juárez, el hombre austero, de carácter definido y reposado, que siempre creyó en el esfuerzo de cada individuo como el mejor instrumento de progreso. **U**

Lo más importante es hablar con la verdad, como lo hizo Juárez: que la verdad ilumine la vida republicana; que la verdad presida el ejercicio de nuestras libertades; que la verdad dignifique nuestra vida democrática.